

Celebración de
HERMANAMIENTO
entre comunidades cristianas
y monasterios de clausura
en la Archidiócesis de Toledo
con un solo corazón

Canto de entrada:

Se proponen estos cantos de entrada: *Pueblo de reyes, Un solo Señor, Como brotes de olivo, Todos unidos a los pastores, Él nos ha elegido.*

Ritos iniciales

Reunido el pueblo, el sacerdote se dirige al altar, con los ministros, mientras se entona uno de los cantos de entrada propuestos u otro oportuno.

Saludo al altar y al pueblo congregado

Cuando llega al altar, habiendo hecho con los ministros una inclinación profunda, venera el altar con un beso. Después se dirige con los ministros a la sede. Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan con la señal de la cruz, mientras el sacerdote, vuelto hacia el pueblo, dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El pueblo responde:

Amén.

Después el sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo con la siguiente fórmula:

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre
y la comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros.

A continuación, un fiel de la Parroquia, para ayudarnos a vivir este momento de oración, hace la siguiente

Monición

Con gran alegría, nos reunimos en este monasterio para compartir un momento de oración, en el que se manifiesta la riqueza de la Iglesia en sus diversos dones y carismas, que cada uno hemos recibido en orden a nuestra propia vocación, y que visibiliza la unidad, que Cristo pidió al Padre, y hace posible el Espíritu (cf. Jn 17, 11b).

Queremos manifestar en esta celebración, como *los primeros creyentes, tener un solo corazón y una sola alma (Hch 4,32)*, para que este vínculo, en el Espíritu, se prolongue y fortalezca en el tiempo. Hoy vamos a realizar un *hermanamiento* entre nuestra parroquia N. y la comunidad N., que aquí ora, trabaja y se entrega a Dios en el silencio fecundo de cada día.

Sus vidas, clavadas en los ojos de Cristo, nos recuerdan que *no tenemos aquí ciudad permanente (Hb 13, 14)*, porque *somos ciudadanos del cielo (Flp 3, 20)*. Queremos agradecer a Dios el don de su consagración, porque genera preciosos frutos de gracia y misericordia; y representa en la Iglesia y para la Iglesia el corazón orante, guardián de gratuidad y de rica fecundidad apostólica, convirtiéndose en perenne testimonio visible de una misteriosa y multiforme santidad (cf. Francisco, *Vultum Dei quaerere* 5).

Escucharemos juntos la Palabra de Dios y tendremos ocasión de conocernos mutuamente y de rubricar este hermanamiento. Así, se hará efectiva *que la tarea de promover las vocaciones se desarrolle de manera que aparezca cada vez más como un compromiso coral de toda la Iglesia, en el que colaboren activamente pastores, religiosos, familias y educadores (San Juan Pablo II, Vita consecrata 64)*.

El sacerdote dice *Oremos y se recoge en silencio unos instantes; luego extiende las manos y eleva al Padre la siguiente*

Oración

Oh, Dios,
tu Hijo prometió a todos los reunidos
en su nombre estar en medio de ellos,
haz que lo percibamos ahora presente entre nosotros,
y que sintamos en nuestros corazones,
por la verdad y el amor,
la abundancia de su gracia,
de su misericordia y de su paz.
Por nuestro Señor Jesucristo.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Hch 4, 32-37

Un solo corazón y una sola alma

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles.

EL grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común.

Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y se los miraba a todos con mucho agrado. Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba.

José, a quien los apóstoles apellidaron Bernabé, que significa hijo de la consolación, que era levita y natural de Chipre, tenía un campo y lo vendió; llevó el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

Palabra de Dios.

O bien

Ap 7, 2-4. 9-14

Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas

Lectura del libro del Apocalipsis.

YO, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar diciéndoles:

«No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios».

Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel.

Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente:

«¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!».

Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios, diciendo:

«Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo:

«Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?».

Yo le respondí:

«Señor mío, tú lo sabrás».

Él me respondió:

«Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

Palabra de Dios.

Salmo responsorial

Sal 32, 10-11. 12-13. 14-15 (R/.: 12b)

R/. Dichoso el pueblo que Dios se escogió como heredad.

V/. El Señor deshace los planes de las naciones,
frustra los proyectos de los pueblos;
pero el plan del Señor subsiste por siempre;
los proyectos de su corazón, de edad en edad. **R/.**

V/. Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo él se escogió como heredad.
El Señor mira desde el cielo,
se fija en todos los hombres. **R/.**

V/. Desde su morada observa
a todos los habitantes de la tierra:
él modelo cada corazón,
y comprende todas sus acciones. **R/.**

Aleluya

Jn 17,11b

R/. Aleluya, aleluya, aleluya.

V/. Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado,
para que sean uno, como nosotros. **R/.**

EVANGELIO

Mt 18, 20

Reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio



Lectura del santo Evangelio según san Mateo.

EN aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

Palabra del Señor.

O bien

Jn 17, 11b-19

Que sean uno, como nosotros



Lectura del santo Evangelio según san Juan.

EN aquel tiempo, levantando los ojos al cielo, oró Jesús diciendo:

«Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura. Ahora voy a ti, y digo esto en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría cumplida.

Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad».

Palabra del Señor.

Exhortación del párroco y presentación de la Parroquia

El párroco, sirviéndose de los textos proclamados, hará una breve exhortación a vivir la comunión de los santos, poniendo de relieve la riqueza y tesoro de la vida consagrada dentro de la Iglesia, como pilar de la apostólica y misionera.

Asimismo, hará una breve presentación de su comunidad parroquial, repasando el calendario particular, los miembros vivos que la integran: sacerdotes, fieles, movimientos,

hermandades, asociaciones, servicios, proyectos pastorales, etc... Todo ello servirá para mostrar a la Comunidad religiosa la rica realidad de la Parroquia en particular.

Presentación de la Comunidad por parte de la Madre superiora o abadesa y testimonio de una religiosa

Por otra parte, la Madre superiora o abadesa hará también una breve presentación de su Comunidad: la historia del monasterio y su calendario particular, hermanas que la integran, carisma de la Orden, oficios y labores que realizan, etc...

Sería además muy oportuno que una de las hermanas ofreciera su testimonio vocacional, para suscitar el interrogante de la llamada divina entre los presentes.

Oración de hermanamiento y firma de acta

Después de esta presentación y conocimiento mutuos, tiene lugar la oración de hermanamiento por parte de todos los presentes, que de rodillas, hacen la plegaria propuesta. Al término de la misma es rubricada por el párroco y la Madre superiora o abadesa. Parroquia y Comunidad guardarán este documento, que recuerda el vínculo adquirido y el compromiso de sostenerse mutuamente con la oración y la cercanía atenta en todo momento.

Oración de hermanamiento

Padre de Misericordia,
que por tu Hijo Jesús, de Corazón abierto,
has derramado tu Amor multiforme,
suscitando, en medio de tu Iglesia,
diversos caminos para llegar a las moradas del Cielo.

Te pedimos que envíes, de nuevo, el don de tu Espíritu
sobre nuestra Parroquia **N.** y nuestra Comunidad **N.**,
para que, con un solo corazón y una sola alma,
renovados en Cristo y transformados en familia de Dios,
progreseemos sin cesar y actuemos siempre
como fermento y alma de la sociedad.

Que la Bienaventurada Virgen María,
que perseveró en oración junto a los apóstoles,
y recibió el fuego del Espíritu,
nos convierta en testigos valientes
y humildes del Evangelio de su Hijo,
para que alcancemos todos juntos,
pastores, fieles y consagrados,
la gracia de habitar junto a Ti
por toda la eternidad.
Amén.

Esta oración se reparte entre los fieles y consagradas, para que la recen personal y comunitariamente tantas veces consideren oportuno.

Bendición final

La celebración termina con la bendición que imparte el sacerdote que preside

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

La bendición de Dios todopoderoso,

✠ Padre, Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén

Canto a la Virgen

Si se estima oportuno, tiene lugar un canto a la Bienaventurada Virgen María, al término del cual se despide la asamblea.

Podéis ir paz.

R. Demos gracias a Dios

El sacerdote venera el altar y, junto a los otros ministros, si hubiera Reserva eucarística, hacen genuflexión al Santísimo sacramento; si no, hacen inclinación profunda al altar y regresan a la sacristía.